

**COLEGIO NACIONAL NICOLÁS ESQUERRA IED**  
PEI: EDIFICANDO FUTURO  
RESOLUCION 2562 DEL 28 DE AGOSTO DE 2002  
**GUÍA DE APRENDIZAJE 04 ASIGNATURA: ESPAÑOL**

**ÁREA:** HUMANIDADES **GRADO:** NOVENO

**MAESTRAS:** JOHANNA ROMERO GÓMEZ  
LORENA ZAMBRANO S.

Objetivos:

- Leer e interpretar textos estéticos continuos y discontinuos que me permitan expresar mi forma de ver y comprender diferentes visiones de mundo
- Reconocer el arte como una forma de sustentar lo que pensamos y los que somos
- Analizar manifestaciones artísticas que hagan parte de la identidad latinoamericana y vincularlas con la construcción de mi identidad .

**CUIDADO:** Esta guía es para **TODOS** los novenos pero debes enviar tu trabajo a la tu respectiva maestra:

**901 Johanna Romero Gómez :** [yjromero@educacionbogota.edu.co](mailto:yjromero@educacionbogota.edu.co)

**902-906 Lorena Zambrano:** [zamlorena18@gmail.com](mailto:zamlorena18@gmail.com)

## 1. “UNA IMAGEN VALE MÁS QUE MIL PALABRAS”

### Procedimiento

Estimado estudiante, para desarrollar las siguientes actividades necesitarás los dibujos que hiciste en la guía tres; si no los has hecho aún, aprovecha esta semana y las explicaciones de las clases virtuales para concretar, corregir o complementar tus dos producciones. No olvides las normas de presentación sugeridas en la guía 3.

1. Lee el siguiente texto y contesta las preguntas.



### LAS VANGUARDIAS ARTÍSTICAS

Genéricamente se reconoce como “arte contemporáneo” aquel que se llevó a cabo, según los expertos, alrededor de la primera década del siglo XX; finalizando aproximadamente, después del periodo de entreguerras.

Fortunato Depero. Rascacielos y túneles (futurismo)

Se caracteriza por el constante cuestionamiento de los **convencionalismos**.

La **transgresión** será la seña de identidad de unos artistas que se harán eco de la situación de inestabilidad social, política y económica por la que atraviesa la Europa de la época.

Serán sin embargo los cambios políticos, sociales, económicos, científicos y filosóficos de finales del siglo XIX y principios del XX los que influyan de forma decisiva y hagan **concebir** a estas nuevas generaciones de artistas una manera diferente de afrontar la realidad y su revolución estética.

Empezaron así a surgir múltiples corrientes que se denominaron "ismos", (cubismo, futurismo, surrealismo, dadaísmo...etc) que proponían la ruptura y la **insurrección** frente al gusto establecido, con la aparición de nuevos lenguajes estéticos. Las Vanguardias buscaban enaltecer el inconsciente, lo absurdo y lo irracional, contrarrestar el sentimentalismo y experimentar nuevas tendencias, así es que se enfrentaron a lo tradicional y por lo tanto en un principio no fue del gusto del público en general

En este ámbito, el artista es considerado un intelectual más, y por tanto, se le supone intérprete de la realidad y diseñador de caminos hacia el futuro. **Los vanguardistas señalan por su parte que todo es posible tanto en la realidad como en el arte**, así evidencian una absoluta libertad para crear lo que les permite todo tipo de **excesos**.

Texto adaptado de <https://www.legaxart.com/wp/2017/09/25/arte-contemporaneo-siglo-xx-las-vanguardias/>

Después de leer el texto responde en tu cuaderno:

- ¿cuál era el objetivo de estos artistas?
- ¿Qué significan las palabras en negrilla?
- ¿Podrían tus dibujos considerarse vanguardistas? ¿por qué?
- ¿De qué forma tus dos dibujos rompen los esquemas de lo tradicional? Sustenta.

	Elementos	Explicación
<b>CAOS</b>		
<b>VELOCIDAD</b>		
<b>DOMINIO DE LA MÁQUINA</b>		
<b>VIOLENCIA</b>		
<b>PROGRESO</b>		

**2.** La imagen del texto representa una obra futurista, ten en cuenta que estas tendencias surgieron a comienzos del siglo XX.

- ¿Por qué se consideraban futuristas?
- ¿Qué elementos de esta pintura representarían el caos, la velocidad, el dominio de la máquina, la violencia, el progreso? Sustenta tus respuestas basadas en el análisis visual y contexto de la imagen. Completa el cuadro en tu cuaderno.

**3.** Si fueras un artista vanguardista y quisieras proyectar tu realidad ¿cuál de las siguientes tendencias escogerías y por qué?

Cubismo      Futurismo      Dadaísmo      Surrealismo

Realiza un texto de diez renglones en el que sustentas tu respuesta. Puedes buscar pinturas que correspondan a estas tendencias o información que te ayude a decidir. No olvides cuidar tu corrección idiomática (redacción, puntuación, ortografía)

## 2. APRENDER A VER

### Para Comenzar



4. La literatura y el arte han encontrado en los viajes una de sus más ricas fuentes de inspiración. Pero el recorrido por lugares reales e imaginarios de universos infinitos no existiría sin los ojos del viajero. El protagonista es quien va haciendo el paisaje, quien nos señala donde mirar... pero eso no es todo: el viajero también es el paisaje. Es el alma de la historia.

La obra que tienes a tu izquierda se llama **Ritter, Tod und Teufel** es un grabado del pintor alemán Alberto Dürer (Albrecht Dürer), realizado en 1513 mediante la técnica de buril sobre plancha de metal. Tiene como protagonista un viajero que se encuentra en su camino personajes muy especiales. Mira con atención el cuadro y escribe una lista con todos los elementos, objetos, seres... que aparecen en el cuadro y te generan curiosidad.

5. Ahora identifica en la pintura: el diablo, la muerte y el tiempo. Explica como están representados cada uno y qué podrían significar en la vida del viajero. (recuerda que todos podemos tener interpretaciones diferentes de las obras de arte. Y eso está bien.

6. Inventa una historia muy corta (cinco renglones) en la que narres qué puede estar ocurriendo en el cuadro.

### Hora de leer

7. Ahora vamos a leer con atención el capítulo 1 de la novela SI TE VIERAS CON MIS OJOS, del escritor chileno Carlos Franz . Presta mucha atención porque te vas a encontrar con el caballero de cuadro. (capítulos 1, 2 y 3 comienzan en la página 5 de esta guía) .

8. Durante la lectura comenzarán a aparecer temas que te pueden interesar, otros que te cueste descubrir y otros más que no te agraden. Subraya mientras lees fragmentos que se refieran a los siguientes temas. Copia los fragmentos y luego explica el significado de cada uno para la narradora y/o para el personaje central. Utiliza el siguiente cuadro para organizar tu ejercicio de interpretación.

TEMA	Fragmentos (entre comillas y con nro de página)	SIGNIFICADO PARA LA NARRADORA Y/O PARA EL PROTAGONISTA (Con tus propias palabras)
EL MAR		
EL AMOR		
LA MUJER		
EL DESTINO		
LA MUERTE		
AMÉRICA		
LOS RECUERDOS		
LA PINTURA		

### **Hora de compartir con mi maestra.**

**901:** Recuerda que esta guía la vamos a trabajar en los encuentros virtuales. Lo único que debes enviar por correo es el **punto 3 y el punto 8**. Lo puedes hacer en word o en tu cuaderno y tomarle una foto. Lo demás, lo debes desarrollar en tu cuaderno para compartir tus respuestas en el encuentro virtual.

**902- 907** Debes enviar en digital los puntos **2, 3 y 8**. Los demás los debes desarrollar en tu cuaderno.

NOTA: SI NO PUEDES ASISTIR AL ENCUENTRO VIRTUAL ENVIA TODOS LOS PUNTOS DESARROLLADOS AL CORREO DE TU MAESTRA EN LAS FECHAS ACORDADAS CON ELLA.

# Si te vieras con mis ojos

ALFAGUARA



Carlos Franz

Si te vieras con mis ojos

www.elboomeran.com

ALFAGUARA  


Primera edición: octubre de 2015

© 2015, Carlos Franz  
Casanovas & Lynch Agencia Literaria, S.L.  
Muntaner 340, 2º 1ª, 08021 Barcelona  
Teléfono +34 93 21247 91, info@casanovaslynch.com  
© 2015, de la presente edición en castellano para todo el mundo:  
Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.  
Merced 280, piso 6, of. 61, Santiago Centro, Chile  
Tel. (56 2) 22782-82 00  
www.megustaleer.cl

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.  
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas  
y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva.  
Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright*  
al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.  
Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros  
para todos los lectores.

Printed in Chile - Impreso en Chile

ISBN: 978-956-9583-36-0  
Inscripción N° 253.837

Diseño: Proyecto de Enric Satué  
Diagramación: Ricardo Alarcón Klaussen  
Imagen de cubierta: *La dama del lago* de Antonio Mora  
Impreso en los talleres de CyC Impresores



Proyecto financiado —en parte— por el Consejo Nacional de la Cultura y las Artes,  
Fondo Nacional de Fomento del Libro y la Lectura, convocatoria 2013.

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

*Para Jeanette*

*Si yo pudiera darte una cosa en la vida, me gustaría darte  
la capacidad de verte a ti mismo a través de mis ojos.*

FRIDA KAHLO

# Primera parte

## Perspectiva

*¿Se da cuenta de que se acabó el là-bas?  
Ya no hay un «allá lejos».*

ANDRÉ BRETON, moribundo, a Luis Buñuel

## I. 1834

La radiante mañana de junio en que conociste a Carmen brilló tras una semana de tormentas sobre el Pacífico. Tu barco había estado a punto de hundirse frente a las costas de Chile. Varias veces te preparaste para morir. Pero ahora, por fin, con las velas desgarradas, andrajoso, el velero entraba lentamente en la bahía luminosa de Valparaíso. Lo hacía con el ansia y la suavidad de un hombre enamorado entrando en la mujer amada.

Cada vez que llegabas a un puerto volvías a sentir eso, Moro. ¡Aun habiendo conocido tantos! Al penetrar en la nueva tierra que te acogía, te enamorabas de ella. Pero algo en ese amanecer despejado, luego de tantos temporales, te decía que, quizás, este amor no iba a ser como los anteriores.

La bóveda del invierno austral relucía azul, límpida y fría como una ventana recién lavada. El aire estaba tan cargado de éter que dolía respirarlo. La dura belleza del país era sobrecogedora. Tú lo dibujabas afanosamente desde la cubierta del velero. Te bebías el paisaje con los ojos.

Unas horas antes, aún lejos de la costa y tras abrirse las nubes de la tormenta, habías avistado la distante muralla de los Andes, totalmente nevada. El sol naciente subrayaba con un hilo de cobre la sierra de sus cumbres. Sobre todas ellas descollaba la ancha espalda del Aconcagua. Su cabeza piramidal, torcida sobre un hombro, parecía mirarte y retarte desde su inconcebible altura. Como si te preguntara: ¿qué se te ha perdido acá, en este fin del mundo, pintor viajero?

Pintor viajero. Pintor navegante. Pintor jinete. Hijo de Lorenz, el pintor de caballos, biznieto de Georg Philipp, el gran pintor de batallas que anduvo por media Europa siguiendo ejércitos. Tus antepasados eran cátaros ocultos —contabas, alardeabas— que en el siglo XVII emigraron desde Cataluña

para establecerse en Augsburgo, al servicio de los Fugger. Pero ahora tú, Johann Moritz Rugendas, eras el último pintor viajero de tu estirpe. Y, sí, llegabas hasta el fin del mundo buscando algo que habías perdido antes de tenerlo.

Mírate, a ver si te reconoces (*si te ves en esta memoria mía*). Eras alto. Llevabas el pelo rubio, largo y ensortijado, recogido en una coleta mediante una cinta negra. Tenías treinta y tres años, las facciones rectas y largas, la piel mate de tus antepasados catalanes y los ojos de un azul profundo, ultramarino. Como si se te hubiera pegado en ellos el mar de tanto viajar por él, o de tanto pintarlo. Llevabas botas de media caña, muy gastadas; un capote gris con esclavina, abierto; y el sombrero colgando a la espalda, a la mexicana. Venías de pie, mirando a babor, en el castillo de popa del barco que te traía desde el puerto de El Callao, en el Perú, hasta Valparaíso. Y tan pintor eras, en cada minuto de tu vida, que ya estabas bosquejando en tu gran cuaderno, apoyado sobre el antebrazo izquierdo, el animado espectáculo de la bahía.

Habías dibujado de esa forma, para pintarlos después, todos los puertos principales del Pacífico hispanoamericano. Desde Acapulco —cuando tuviste que huir precipitadamente de México— a Panamá, Buenaventura, Guayaquil... Desembarcabas y te internabas en esas regiones, por semanas o meses, para pintar sus paisajes y su gente. Luego esperabas otro barco y seguías viaje. El que abordaste en El Callao había surcado el océano trazando un largo rodeo, apartándose de la costa sudamericana, internándose cien leguas en el Pacífico. Después el buque enfiló al sur hasta avistar las islas Desventuradas y enseguida el archipiélago de Juan Fernández, en cuya isla de Más a Tierra —la de Robinson Crusoe— recalaron para aprovisionarse de agua. Seguían la vieja ruta de los pilotos coloniales para evitar la poderosa corriente de Humboldt que fluía en contra, hacia el norte. Pero tú pensaste que el Barón —cuyo nombre llevaba esa corriente— reclusaba incluso a aquella fuerza de la naturaleza para alejarte de las tierras que él, intransigente, te había prohibido: «Apártese de las regiones temperadas de Chile y de Argentina. ¡Allí no hay nada que ver!».

Por fin, desde el archipiélago de Juan Fernández cruzaron a lo ancho ese río marino, cabeceando sobre sus ondas, en una travesía tan mala que hasta tú, que jamás te mareabas, casi echaste el hígado por la borda. Encima, una larga tormenta los sorprendió ya cerca de la costa. Durante una semana el temporal arrastró a la nave hacia el norte, intentando devolverte, impedirte conocer esas tierras y lo que te esperaba en ellas...

La corriente de Humboldt —y el sabio mismo— oponiéndose a tu venida; la tormenta de una semana que los había alejado de esa costa; y luego la silueta torva de esa montaña, la más alta conocida, parecían ser todos signos ominosos. No vengas a esta tierra, te decían...

Eras tan supersticioso, Moro. Nunca lograbas evitarlo. Y en los últimos años te habías agravado: comenzabas a creer que eras la encarnación de aquel personaje de Durero, en el grabado que tanto estudiaste y copiaste en el taller de tu padre: *El caballero, el diablo y la muerte*.

Un jinete con armadura que cabalga lentamente, lanza al hombro. Quizás viene de regreso de la guerra o de las guerras de la vida. No se sabe. Lo probable es que ahora vaya en pos del castillo que se divisa en lo alto de una montaña, a lo lejos. Atrás del caballero, un diablo deforme y burlón lo sigue a pie. Mientras la muerte viene montada al lado del jinete, mostrándole un reloj de arena: el tiempo que le queda.

Fantaseabas con que ese caballero errante eras tú: pintor viajero en territorios remotos. El diablo, confíésalo, era el diablo de tus deberes y ambiciones, contrariando siempre tus inclinaciones y placeres. Habías llegado al extremo de identificar a ese demonio tiránico con el Barón von Humboldt, que desde Europa te enviaba cartas con órdenes e instrucciones de que pintarás sólo lo que a él le interesaba. El Barón que había querido —aparte de otras cosas peores— convertirte en un pintor naturalista, un artista científico. Un pintor de la realidad, ¡cuando tú habías nacido para ser un pintor de la sensibilidad!

¿Y esa muerte coronada que en el grabado acompaña al caballero? Ah, eso era más complicado de explicar. No le temías demasiado a la muerte. Como tantos jóvenes, te creías

punto menos que inmortal. Excepto por un detalle: todos tus amores, mucho más temprano que tarde, se morían. Sí, morían en tu corazón. Dejabas de sentirlos. Apenas empezabas a enamorarte de una mujer, cuando ya tu implacable ojo de retratista descubría unos tobillos gruesos que la falda había tapado, unos dientes menos blancos de lo que deberían ser, una mirada un poco boba acompañando unas palabras huecas. Las manchas de la piel y del alma, las irregularidades del cuerpo y del espíritu que te mataban la ilusión y te desengañaban.

Primero tu cuerpo se apartaba de la mujer, y enseguida lo hacía tu corazón. Y, por último, tú entero tenías que fugarte de su lado. ¿Era un acto reflejo y defensivo? ¿Sospechabas que apenas alguien ama, le concede al otro el poder de dañarlo?

Desdeñabas esas hipótesis razonables. Según tú, Moro supersticioso, era la muerte quien se había enamorado de tus amores. Y los asesinaba en la cuna. Tanto le temías que ni siquiera la llamabas «la muerte»: no te atrevías. La denominabas «la otra» o «la desengañadora».

Te enamorabas mucho, Moro. Pero «la otra» te desengañaba sin piedad. Apenas un romance empezaba a gestarse, ya comenzabas a perderlo. Primero veías los defectos, luego desaparecía hasta el deseo. Poco tiempo te bastaba para que el amor se te escurriera entre los dedos. Como quien se sueña rico una noche y amanece pobre.

Lo intentaste varias veces. En México incluso te comprometiste con Octavia, esa jalisciense jovencita y desprejuiciada de la que te creíste más enamorado que de ninguna mujer anterior. Fijaron fecha para el matrimonio y hasta se pegaron los carteles en las esquinas de Tlaquepaque. Todo por ver si le doblabas la mano a tu «otra». Fue inútil. Tuviste que escapar de noche, acarreando tus pinturas y poco más. Te atacó un ahogo que no te dejaba respirar, una inminencia de aplastamiento, como si fuera a caerte encima una avalancha que te sepultaría.

En esa fuga del amor —o de la muerte enamorada de tus amores, que era lo mismo—, planeaste ir lo más lejos posible. Desoír las instrucciones del Barón y abandonar las re-

giones tropicales de América, para bajar mucho más al sur del ecuador. Venir hasta el remoto Chile. Incapaz de admitir tus terrores —porque también eras orgulloso, Moro—, te dijiste que lo hacías para desafiar los autoritarios consejos de Humboldt. Así romperías con él de una vez y podrías convertirte en un pintor de la sensibilidad (y no de la realidad). Aunque sabías bien que a ese diablo le temías mucho menos que a «la otra». Del diablo de tus deberes podrías huir, acaso. Pero de esa «desengañadora», ¿quién podría salvarte?

*(¿Conseguiste salvarte de aquella «otra», Moro? Te lo pregunto porque en esta última y larga carta tuya que acabo de recibir —o que recibí hace unos cincuenta años, ahora me confundido—, me cuentas que estás mal del corazón; desahuciado, me das a entender. Y enseguida bromeas con eso de que te vas a casar. A punto de morir y piensas casarte. ¿Quién te entiende? Y encima con una muchacha de veinte: más de treinta años menor que tú. ¡Ay, Moritz, mi Moro! ¿Vuelves a las andadas, pintor viajero? ¿Vuelves a pintar mujeres típicas? ¿Y a coleccionarlas? Pero, si yo estoy vieja, tú debes ser un matusalén... A menos que te hayas muerto hace medio siglo, después de escribirme esa última carta.)*

Moro supersticioso, lo único que calmaba la angustia de tus fugas era pintar. Por eso, al llegar a Chile, para no pensar en los signos ominosos de la corriente adversa, la tormenta atroz y la montaña monstruosa, entrabas dibujando al puerto de Valparaíso.

La dentadura blanca de los Andes, el anfiteatro de cerros que rodeaba la bahía, las casas de colores trepadas por las laderas peladas o verdes, las fortalezas ruinosas en ambas puntas de la rada, el muelle de troncos renegridos. Avanzabas dentro de ese paisaje al tiempo que lo bosquejabas. Siempre te gustó viajar por el interior de una perspectiva, sentir en carne propia cómo las cosas pequeñas del fondo, al acercarse, aumentan su tamaño. Tan similares a la muerte que se agranda cuando la tenemos próxima. Tan idénticas al amor que desde la nada puede crecer hasta convertirse en pasión, hasta bloquearnos la vista de todo lo demás (antes de desvanecerse en

un punto de fuga). Aquí ésas y otras perspectivas tuyas iban a cambiar y trastocarse, como lo hacía ahora el paisaje; pero esto aún no lo sabías.

El barco medio desarbolado echó sus anclas en el centro de la bahía. Se descolgaron coderas de cuero y una barcaza de transbordo, impulsada por dos remeros, se apoyó contra ellas. La tripulación empezó a bajar con sogas las encomiendas delicadas, el correo y el equipaje de los pasajeros. La marejadilla, residuo del temporal, dificultaba la maniobra. Tú no quisiste esperar a que desenrollaran las escalas de gato y te descolgaste también por una cuerda. Ansiabas dejar pronto ese barco andrajoso, astillado por el temporal. Pero también querías asegurarte de ser tú mismo quien recibiera tus cosas en la proa de la barcaza. El baúl y los atriles; las cajas conteniendo pinceles, óleos y pigmentos para prepararlos; las carpetas de papeles finos; los numerosos y largos tubos de cuero donde traías enrolladas aquellas pinturas de las que no te separabas jamás.

Por fin el transbordador, bamboleándose, sobrecargado de gente y equipajes, se apartó del barco. Los remeros, un par de chilotes de piernas cortas y torsos enormes, del color oxidado de los leones marinos, hicieron un esfuerzo titánico para enfilar la barcaza hacia el muelle. Éste era una larga estructura de palos festoneados de algas negruzcas y marrones, que se internaba en la bahía desde la playa. Un único espigón con forma de brazo flectado, desbordante de la febril actividad típica de esos puertos sudamericanos, recién abiertos al comercio mundial.

Tu barcaza se vio obligada a detenerse a unos veinte metros del malecón. No había lugar. El muelle estaba atiborrado de cajas y sacos. Todos los sitios de atraque se veían ocupados por botes que descargaban lentamente, usando las pocas grúas pluma disponibles. La tormenta había demorado también a muchos otros barcos y ahora el muelle no daba abasto para atenderlos a todos.

Te pusiste de pie en la proa de la barcaza, Moro. No querías perderte nada de ese espectáculo. Estibadores indígenas y chinos, comerciantes navales peleándose por aprovisionar los barcos, gritos proferidos en veinte lenguas. Marineros enflaquecidos

trepaban al muelle con sus bolsos al hombro, dirigiéndose hacia el tumulto de prostitutas chillonas que ondeaban sus pañuelos desde la orilla para atraerlos a sus posadas. El olor a mariscos, a guano, a tierra húmeda, te embriagaba.

Y entre todos esos colores y olores, en medio de ese tumulto y griterío, la viste por primera vez.

Una mujer joven, alta, pálida, con el pelo negro y liso suelto sobre los hombros, menos una parte sujeta tras la cabeza con un peinetón. Vestía un traje de seda verde que relumbraba bajo el sol aumentando el brillo de sus ojos, del mismo color. Ojos atentos, curiosos, impacientes. La acompañaba un cochero negro, enorme y canoso, con un látigo de vara en la mano. Su coche debía ser ese pequeño cabriolé tirado por un solo caballo que esperaba al comienzo del muelle. Todo eso lo registraste con una sola mirada, Moro. Tenías una vista de halcón peregrino —o de pintor peregrino—, agudísima. Especialmente para las mujeres, ¿verdad?

¿Pero qué diablos hacía allí esa joven hermosa y altiva, mezclada con el *maremágnum* masculino de este espigón que ni siquiera las putas del puerto se atrevían a pisar?

Los gritos del capitán de puerto, amplificadas por una gran bocina de latón, te distrajeron. Que se apartaran, les gritaba. Les ordenaba alejarse y fondear cerca de la playa. Allí los alcanzarían hombres y mulas, con el agua hasta el pecho, para descargarlos. Era, obviamente, la forma más peligrosa de desembarcar. Con ese mar picado los remeros tendrían que acercarse a la rompiente, con riesgo de que ésta arrastrara la barcaza y la encallara en la arena, volcándola luego. O bien, un mal movimiento sobre ese oleaje, al desestibar, y tanto carga como pasajeros caerían al agua.

De pie en la proa de la barcaza, viste reaccionar a la joven de verde antes de que ninguno de ustedes protestara. Desde unos diez pasos, extendiendo hacia el capitán de puerto su brazo enguantado hasta el codo, le exigió:

—¡Hágale sitio a ese bote!

Fue una orden contundente. Impartida en el tono inapelable de quien está acostumbrado a mandar y ser obedecido. La actividad en ese sector del muelle se detuvo: todos aquellos

hombretones pendientes de esta hembra. ¿Adónde habías llegado, Moro? ¿Al país de las amazonas, donde mandaban y peleaban las mujeres?

La joven volvió a gritarle su orden al capitán, esta vez casi colérica. Éste, barbudo y fornido, se sacó la gorra mugrienta por respeto o perplejidad ante semejante furia. Meneaba la cabeza al tiempo que abría los brazos, con la bocina en una mano y la gorra en la otra.

En cualquier lado del tiempo que estés, Moro, nunca olvidarás lo que viste enseguida. La joven arrancó el látigo de manos de su cochero y, abriéndose paso a codazos entre los estibadores chinos e indígenas, se asomó sobre el bote que le quedaba más a mano. Le ordenó al marinero que dirigía la descarga de unos fardos de lana que soltara amarras y se apartara. El hombre protestó en francés con acento italiano, decidido a no moverse. Parecía ser un corso, con la cara dura y bulbosa como un puño cerrado.

Sin titubear, ella descargó desde arriba dos latigazos que restallaron en el aire cristalino. El marinero esquivó los azotes, agachándose aparatadamente. Aunque era obvio que el látigo no pretendía tocarlo; esta mujer lo sabía manejar.

—¿Se va a mover o no? —insistió la joven.

Y levantó otra vez el látigo, que ondulaba como una serpiente.

El tiempo pareció suspenderse. Sólo los graznidos de las gaviotas rompían el silencio. Hasta esa marejadilla que dejó el temporal parecía haberse calmado un tanto, esperando...

—Femme de merde! Chilienne folle! —exclamó por fin el corso, furioso.

Volviéndose hacia sus marineros, les ordenó desamarrear el bote y ponerse a los remos. En un par de minutos habían retrocedido lo suficiente para que los remeros de tu barcaza pudieran atracar.

La maniobra había sido digna de un contramaestre o de un cómitre de galeras. Si este muelle se manejara así, pensaste, y no al cansino ritmo del capitán de puerto, la naciente república chilena multiplicaría su comercio en corto tiempo. Hasta te dieron ganas de aplaudirla, Moro.

En lugar de eso, mientras la barcaza se acoderaba y amarraba, te sentaste y abriendo tu cuaderno de croquis dibujaste con un carboncillo la escena que acababas de ver. A pesar de la marejadilla, ayudado incluso por ese vaivén, diste forma con tres o cuatro líneas a esa mujer enarbolando el látigo. Su silueta espigándose al levantar el azote, el pelo alborotado, los ojos fulgurantes, el rostro afilado y decidido. Tenías un talento natural para esas instantáneas, Moro. Cuanto más inmediatas y veloces, más vivas te resultaban. Sabías arrancarle pedazos al tiempo, aliviándolo de lo superfluo, deteniendo sus líneas de fuga.

Cuando subiste al muelle la viste de espaldas, alejándose. Tuviste que correr un poco, esquivando a los estibadores, para poder alcanzarla. En ese ímpetu, estorbado por los arreos de pintor que llevabas, no hallaste mejor forma de detenerla que tomarla por uno de sus hombros.

La mujer se encogió como si la hubieras marcado con un hierro candente. Y se volvió. Sus ojos —de un verde esmeralda acentuado por el brillo del vestido— te recorrieron de alto a bajo, con impertinencia. Se veía tan sorprendida que no atinaba a decir palabra. Sospechaste que si aún hubiera llevado el látigo, que ahora portaba su cochero, te habría azotado con él.

Te echaste hacia atrás, divertido por tanta altivez. Le dijiste, jadeando pero con la máxima urbanidad posible:

—Señora, le quedo eternamente agradecido.

Pestañeó sin entender, frunciendo el ceño:

—¿Agradecido? ¿Por qué, caballero?

—Por hacernos un espacio en el muelle. Podría haber caído al agua con todas mis pinturas. Acepte este dibujo, por favor, como reconocimiento.

Ella recibió el boceto maquinalmente. Mientras lo examinaba, se ruborizó desde el largo cuello hasta la frente. Una ola de sangre volvía a encenderla. Habías captado la rabiosa belleza de la que era capaz, esa mujer del látigo enarbolado. Y verse retratada así la turbaba. Te sentiste orgulloso. Llevabas en este país sólo unos minutos y ya estabas causando impresión. Pero ella te desalentó:

—Ésta no soy yo —dijo con frialdad, rasgando la hoja en cuatro pedazos y tirándola al agua.

*(¡Por supuesto que ésa no era yo, Moro! No era ni tan bella, ni tan fiera como me dibujaste esa primera vez. Después lo discutimos mucho, recordándolo. Tú insistías en que sí usé ese látigo contra el marinero. Yo lo negaba. Aseguraba que te lo inventaste, que agregaste ese detalle como una «veladura» más, similar a esas otras que te gustaba usar cuando pintabas: delgadas capas de óleo con las cuales añadías profundidad y misterio a tus temas. Del mismo modo, tu fantasía de artista superponía capas de imaginación a la realidad sin ningún escrúpulo. Lo hacías para darle más espesor a la experiencia, decías. Pero ahora esas veladuras tuyas trastornan mi memoria y me confunden. Tantas décadas después de nuestro primer encuentro mis recuerdos se barajan con tus fantasías de artista. Tus pinturas y relatos exaltados parecen tan reales como la vida que vivimos. ¿O son más reales? Tal vez recuerdo mejor lo que tú sentiste, que aquello que vieron mis ojos...)*

Te quedaste mirando los pedazos de tu boceto que flotaban en el agua sucia junto al muelle. Protestaste:

—Señora, la dibujé tal como la vi. Aunque fue un retrato apresurado...

Pero ella no te escuchaba:

—Y sepa que no hice apartarse ese bote por sus dichosas pinturas. ¿Quién se cree? Quería cuidar mis libros, que venían en el mismo barco.

Su larga mano pálida indicaba la pesada saca que su cochero llevaba sobre un hombro.

Qué vergüenza, Moro. Y tú habías pensado que esta amazona austral casi azotó a un marinero sólo por salvarte a ti, al artista extranjero que llegaba y a sus inapreciables obras. Eras incorregible.

Fue tu turno de enrojecer:

—Entendí mal...

—¡Muy mal! Además, aquí no se le habla a una dama sin haber sido presentado. ¿De qué país salvaje viene usted?

---

—De muchos, señora —reconociste, apesadumbrado—. Pero nací en Baviera.

La viste esbozar una sonrisa. Sus labios carnosos se rizaron apenas, en las esquinas de su boca ancha. Alcanzaste a confundir con simpatía la ironía que enseguida te azotó:

—Wir sind nicht am Weltende, mein Herr.

No estamos en el fin del mundo, mi señor. Lo había dicho en alemán, para terminar de confundirte. ¡Y de maravillarte!

Volviéndote la espalda, la mujer salió del muelle. Dos oficiales de aduana le hicieron una venia, sin mirar siquiera el paquete que cargaba el gigantesco cochero. Éste le abría camino a su ama con la vara del látigo. Un corredor de hombres se apartaba a su paso, con cuidadoso respeto.

## II. 1854

Un mediodía de verano —veinte años después de aquella llegada a Chile— hiciste sonar una campana en la puerta de la casa de Charles Darwin. Un carruaje de pago te había llevado a Downe desde la pequeña estación de trenes de Sydenham. Ocho millas subiendo y bajando los suaves lomajes verdes del condado de Kent, parcelados por muretes de pedernal. Rebaños de ovejas balaban en algunos potreros, alternados con huertos de avellanos, lúpulos y cerezos. La hierba oscura brillaba, saturada de agua, pese a que estaban a mediados de julio. A lo lejos una columna de humo, recortándose contra un bosquecito de nogales, señalaba una granja, antes de confundirse con el cielo encapotado donde se desplazaban grandes nubes plomizas.

En otra época habrías sacado tu libreta y dibujado sin vacilar ese paisaje. Pero ya no sentías el deseo de fijar las apariencias fugitivas del mundo, Moro. Ya no eras un pintor. Lo habías sido. Ahora, inevitablemente, comparaste esas suaves lomas inglesas, ese campo que rezumaba humedad, con los Andes y sus nieves eternas refulgiendo contra el cielo austral: los veranos secos y luminosos del valle central de Chile. Recordándolo, no te parecía que todo eso estuviese al otro lado del mundo, sino en otro mundo. Como tu vocación o el amor.

La casa blanca, de tres pisos abrazados por la hiedra, se veía espaciosa y recatada al mismo tiempo. Parecía el hogar de un granjero próspero. O, más bien, el de ese vicario rural que el joven Darwin soñaba ser cuando lo conociste allá, veinte años antes.

Un mayordomo enjuto, de mofletes caídos, te abrió la puerta. Recibió tu abrigo y tu sombrero con cálidas expresiones de bienvenida que, sin embargo, te resultaron casi incomprensibles. Apenas entendiste que su nombre era Parslow y que

«the Master» estaba trabajando. Había pedido que te llevaran a su estudio apenas llegaras.

Mientras Parslow colgaba tus cosas de una percha, frente a la escalera, viste bajar por ésta a un par de niños montados en una tabla que se deslizaba rauda como un trineo. Los mocosos, con el pelo rubio arremolinado, aullaban de gusto, y la alfombra, deshilachada en el borde de los peldaños, revelaba que no era la primera vez que lo hacían. Apenas habías salvado tus tobillos del ataque cuando ya el par de chicos desaparecía, sin siquiera mirarte, corriendo hacia el jardín.

El mayordomo los regañó, pero con tanta discreción que igual podría estar felicitándolos. Si esto era la disciplina victoriana... Tras guiarte por un corto pasillo, Parslow golpeó a una puerta y, sin esperar respuesta, te dejó en el estudio del naturalista. Era un cuarto amplio, sencillo, que mostraba en cada objeto las huellas del intenso trabajo de su dueño. Los muebles archivadores, las estanterías cargadas de libros y el escritorio lleno de cuadernos abiertos convivían con una mesa redonda que hacía las veces de laboratorio, puesta cerca del ventanal. Un hombre de espaldas, demasiado grande para el taburete con ruedas donde se había sentado, se encorbaba sobre un microscopio. Tardó en reaccionar, pero cuando lo hizo vino rápido hacia ti, limpiándose los dedos con un pañuelo. Vestía un delantal bastante manchado. Te extendió la mano a la manera inglesa, medio de lado y con el brazo muy recto, para mantener las distancias.

—Rugendas —te dijo, jadeando un poco—. Al fin. Bienvenido.

En eso, al menos, no había cambiado. Los modales envarados reprimiendo su natural amabilidad seguían siendo los mismos. En todo lo demás, Darwin parecía una persona distinta del joven de veinticinco años que habías conocido en Valparaíso. La espalda encorbada había disminuido un poco su gran estatura. Su calvicie casi completa delataba el eczema que le despellejaba el cráneo. La frente arrugada se apoyaba en las cejas peludas, que hundían aún más sus ojitos celestes, cándidos, en la caverna de los prominentes arcos superciliares. Las gruesas patillas marrones eran lo único enérgico en su rostro.

Pero aun ellas semejaban manojos de hierba seca que las mejillas, sin sangre, sustentaban mal.

Te reprochaste la pequeña alegría de compararlo contigo y encontrar que habías envejecido mucho mejor. Cualquiera lo habría tomado por tu padre. Y en realidad tenía cuarenta y cinco años, siete menos que tú.

—Ya era tiempo de reencontrarnos, niño prodigio —dijiste, palmeándole un hombro y retornando al apodo que antaño le dabas.

Ambas cosas, el palmoteo y el apodo, le molestaban, según recordabas. Pero no hallaste nada mejor para disimular el espanto que te causaba su vejez.

Lo que no pudiste evitar fue arrugar la nariz ante el olor pútrido que flotaba, casi visible, en el aire encerrado de aquel estudio y laboratorio. Temiste que proviniera de tu amigo, antes de reparar en los especímenes que el naturalista diseccionaba cuando entraste. Sobre la mesa redonda, junto a la ventana, varios frascos contenían unas conchas blancuzcas, tubulares, parecidas a volcanes en miniatura por cuyos cráteres hexagonales asomaba una uña doble. Algunos habitantes de esas conchas habían sido extraídos de su guarida y seccionados; ahora se descomponían rápidamente sobre las plaquetas del microscopio.

—No me diga que sigue estudiando a ese bicho...

—El *Austromegabalanus psittacus* —te corrigió él, encantado, y se lanzó a hablar—. Sí, llevo ocho años estudiando el percebe gigante de Chile. Toda su clase, los géneros extintos y los vivos. Mire este otro —señaló un minúsculo crustáceo sobre una plaqueta—. Éstos los encontré en Chiloé. Son hembras que llevan un diminuto macho adosado. Un macho complementario que es sólo un saquito de semen con un ojo. Pero, igual que el *Austromegabalanus*, este macho tiene un enorme pene enrollado...

Y tampoco en esto había cambiado: su erudición fanática seguía pareciéndose a la de un perverso que exhibe el objeto de su obsesión. Buscaste en tu memoria el nombre chileno de aquel volcancito calcáreo que allá tenían por un marisco delicioso... Picorocos, sí. ¡Ocho años estudiando picorocos! O quizás veinte. Porque el día que Carmen y tú conocieron a Darwin, a bordo del *Beagle* anclado en Valparaíso, un joven rubio y fuer-

te les había mostrado unas masas blancas muy similares a éstas. Entonces Darwin había tenido la ingenuidad —o el mal gusto— de explicarle a ella que este percebe gigante tenía el pene más largo del reino animal, proporcionalmente. ¡Y qué uso malvado le daría Carmen, después, a ese dato!

*(¡Mentiras, Moro! Que hasta muerto —si es que estás muerto— tengas que hacerme rabiar... Escribiste esa invención en la última carta que recibí de ti, desde Alemania. Esa misiva tan larga donde, aparte de narrarme tu vida en los últimos años, me contabas tu reencuentro con Darwin. Pero no es verdad. Yo no le di ningún «uso» al pene del picoroco. Bueno, pensándolo bien, tal vez lo mencioné alguna vez e hice comparaciones... para molestarlos. Simplemente, usé el arma que ustedes me dieron. Y no vas a culparme por eso.)*

Dos décadas más tarde, aquel «niño prodigio» seguía habiendo en este hombre prematuramente envejecido que te hablaba de ese mismo bicho chileno. Muy contento, hasta que leyó en tu rostro escéptico el tiempo transcurrido. Su sonrisa se esfumó, aplastada por las mejillas blandas o por los años. ¿Lo habías ofendido con tu indiferencia ante su trabajo?

Se produjo un silencio que no supiste llenar. Ni él. Parecían lo que eran: dos amigos que alguna vez, breve pero intensamente, compartieron un lapso de su juventud. Y que luego no se han visto por mucho tiempo. Tanto, que ya es imposible resumirlo y resulta preferible callar.

En ese silencio resonaron las carreras de otros niños bajando por la misma escalera. Salían en tropel, para unirse a los dos anteriores en el jardín delantero.

—Es su hora del recreo. Estudian en casa —te explicó Darwin, sonriendo de nuevo.

De pronto lo viste encogerse, estirar la boca en trompa, alargar el cuello, la nuez tironeada por bruscos espasmos. Recordaste sus ataques de pavor allá, en lo alto de los Andes. Y temiste haber venido tan sólo para presenciar uno más.

El naturalista te calmó agitando una mano frente a ti, mientras con la otra se tapaba la boca. Sorteó su escritorio y desapa-

reció tras una cortina de felpa roja que colgaba en un rincón. Escuchaste unas arcadas, el líquido cayendo sobre un recipiente metálico, un largo suspiro de alivio.

Un minuto después reaparecía, secándose los labios con una toalla.

—Discúlpeme. Y no se preocupe. Vomito dos o tres veces al día, desde hace años. Ningún médico ha encontrado la causa ni el remedio.

Era tal su naturalidad que parecía fingida para evitar más preguntas. Y no las hiciste.

Darwin abrió una ventana para ventilar el cuarto. Por ella se colaron los chillidos de los niños que jugaban afuera. Y la voz aguda de una mujer que gritaba con esa autoridad de-sesperada de las madres de familias numerosas. Luego el naturalista te cedió su sillón de lectura. Te hundiste en el cuero raído. Sobre el atril había una libreta garabateada con esas patas de mosca de su escritura cuasi taquigráfica, que recordabas bien. Él se sentó en su taburete giratorio. Indicó hacia el jardín delantero, que podía vigilar desde allí, mediante un insólito espejo puesto fuera de la ventana y estratégicamente inclinado:

—No sólo disecciono cirrípedos. He tenido nueve hijos y he publicado varios libros... —arguyó, volviendo al viejo hábito de justificarse contigo.

—Leí el diario de su viaje con el *Beagle* —aseveraste, deseando saldar de inmediato esa cuenta pendiente—. Y me gustó.

Él te miró por lo bajo. Hasta creíste que el rubor malsano de su cráneo descamado por el eczema palidecía, como si hubiera temido que dijeras precisamente eso. Se había hecho mundialmente famoso con ese libro, no sólo entre los hombres de ciencia, sino incluso entre los lectores comunes, ávidos de relatos exóticos, pero aun así se avergonzaba de que tú lo hubieras leído. Y era demasiado honesto para negarlo:

—¿Le gustó, a pesar de lo que omití?

Era una ocasión cantada para mortificarlo y reconociste —con sorpresa— que no ibas a dejarla pasar. Aunque habías hecho todo el camino desde Augsburgo, diciéndote que venías

a reencontrarte con un buen amigo, un rescaldo de la vieja rivalidad se encendía. Le contestaste, con ironía:

—Bueno, sólo omitió unos pocos detalles: adulterios, drogadicción, canibalismo...

### III. El latido saltado

Veinte años antes, recién llegado a Chile, amaneciste enamorado. Así fue, Moro. Entreabriste los ojos después del mediodía en ese cuarto manchado de humedad, en el segundo piso de la Fonda Inglesa de Valparaíso. Sentías mareo de tierra, el cuerpo aún atrapado en el sueño de doce horas con el que habías reparado esa semana que pasaste navegando en un mar tormentoso, noches durante las cuales no pudiste dormir casi nada imaginando que te ibas a ahogar. Y lo primero que te dijiste, antes incluso que darte a ti mismo tu usual buenos días de solitario, fue eso: estoy enamorado.

Te revolviste en la cama. ¡La habías cagado! Tanto poner tierra por medio, y apenas pisabas este puerto remoto, al que arribabas en fuga de tus amores muertos, ya le estabas dando a «la otra» la ocasión de alcanzarte.

Quizás fue porque —efectivamente— no habías llegado al «fin del mundo», como te lo había dicho esa desconocida, recién desembarcado en el muelle y en tu propio idioma. Ella no podía sospechar de quién huías; pero había intuido correctamente otro de tus propósitos. También venías buscando ese lugar imposible: un final de la tierra... Ningún sitio es el fin o el comienzo del orbe si el planeta es una esfera, lo sabías. Pero esto no te impedía buscar el lugar más distante de tu origen al que pudieras llegar. Porque sólo allí podrías ser tú mismo. Ya lo habías experimentado en Brasil, en México y en otros lugares remotos: cuanto más te alejabas, cuanto más extranjero eras, más te liberabas de las convenciones y más se desplegaban tus talentos. En Europa te encontrabas atado por las cadenas de tu linaje de pintores, apresado por los vínculos de tu nacionalidad y tu educación. Pero en América tu libertad crecía al mismo paso con el que te distanciabas: cuanto más lejano, más artista. Y esa desconocida había sospechado todo

esto, resumiéndolo en una sola frase, apenas te vio. Como si pudiera asomarse a tu corazón...

No: no podía, ni debía ser, Moro. Te tapaste la cabeza con la almohada, para evitar la hiriente luz del mediodía que se colaba por unas sucias cortinas de percal. Y decidiste hacer la prueba del latido saltado.

Era un infalible detector de amores, inventado por ti. Si acaso, al ver de nuevo a una mujer que te había gustado mucho tu corazón se saltaba un latido, si daba un brinco, querría decir que ya estabas frito. En tu experiencia como pintor y amante viajero, habías comprobado muchas veces la eficacia de este método. (Ya está dicho que eras supersticioso. Y nada científico.) Cuando en presencia de ELLA tu músculo cardíaco se detenía durante un milésimo de segundo, esa palpitación perdida te indicaba que allí tendrías que quedarte. Por un tiempo al menos. Para ir tras ella e intentar seducirla y hacerla tuya. Te lo decía tu corazón, que había querido detenerse al verla.

Te pusiste la mano sobre el pecho, bajo la tetilla izquierda. Apretaste los párpados y evocaste a la desconocida en el muelle, el día anterior. Esa antorcha verde con el látigo enarbolado... Tu memoria visual era tan exacta que sería como verla efectivamente de nuevo. Mirándola así, con los ojos cerrados, te hiciste la prueba.

Y no perdiste un latido, Moro. ¡Qué va! ¡Perdiste varios!

Saltaste de la cama. A pesar de «la otra», a pesar de tus desengaños anteriores, tendrías que buscar a esta furia chilena. No eras de esos hombres que esperan a ver si se les pasa la enfermedad del amor.

Sin lavarte demasiado en la jofaina, bajaste al comedor de la fonda. Estaba vacío, a excepción de la patrona que aseaba las mesas. Te ofreció una. Era una criolla grandota, con estampa de andaluza, que trabajaba cantando: «Se me ha volao un pajarito / no importa porque era chiquito». Y te miraba de reojo, sonriendo, dejándote admirar los grandes pechos, o la popa que se bamboleaba al compás cuando se tendía sobre las mesas para fregarlas. Afuera, en la calle, el marido inglés dormitaba sobre una silla puesta al sol.

—¿Qué le ofrezco, mijito? —te preguntó, brazos en jarra; y en la oferta era notorio que se incluía ella misma.

Tenías un hambre canina, así es que devoraste los porotos viejos y el pan de rescoldo que eran la única opción. El vino era bueno: denso, casi negro, oloroso a tierra.

La patrona se había sentado en la mesa contigua a mirarte comer, o a comerte con los ojos. Era tu oportunidad y la aprovechaste. Ella no se hizo de rogar; seguramente, ese marido dormilón no le hablaría mucho, tampoco. Claro que conocía a la mujer de verde. Quién no la conocía en Valparaíso, si era una de las señoras más principales. Carmen Lisperguer de Gutiérrez. Hija única de un gran hacendado patriota. Casada con un militar, un héroe de la independencia, «mucho mayor que ella».

—Tendrá unos veintisiete años, digo yo. Bonita, ¿no? —te tanteó la patrona, entrecerrando con malicia sus ojazos negros.

Pero no te dejó responder. Inclinandose hacia ti, de modo que pudieras apreciar el escote profundo sobre sus grandes pechos y oler el perfume a perejil que emanaba de allí, te susurró que sí, era bonita, pero también «rara». Teniendo marido, pasaba mucho sola. Era caprichosa. Medio impía. No iba nunca a la iglesia. Les hablaba en su lengua a los comerciantes alemanes, franceses e ingleses del puerto.

—Hasta a mi marido le habla en su idioma, le diré.

Y algo peor, insistió la patrona: se comentaba que también leía en todas esas lenguas. No sólo novelas. Leía «libros de hombre»: filosofías y esas cosas. Casi cada barco traía para ella encomiendas misteriosas; además de vestidos de París, coloridos y descotados, que se ponía para escándalo del obispo. ¿Querías saber tú lo último grande que le había llegado unos meses atrás...? ¡Un catalejo enorme! ¿No lo creías? Pues cualquiera de estas noches podrías verlo asomando por una ventana de su casa, como un cañón... La patrona miró hacia la puerta, para asegurarse de que nadie la oyera ni la viera, y se te acercó aún más para hacerte una confidencia: decían que era bruja. Que con ese catalejo gigante observaba al diablo y éste le hacía señas desde la luna.

—No lo digo yo —aseguró la patrona, echándose para atrás—. Lo dice la gente ignorante.

Pero qué querías tú que fueran a pensar, si los que sabían afirmaban que Carmen era tataranieta o chozna de la Quintrala, la cacica despótica, la bruja de La Ligua... ¿Habías oído hablar de ella?

Apenas te fue posible intercalaste una pregunta, de apariencia inocente, en esa catarata de chismes. ¿En Chile la gente anunciaba sus visitas? ¿O había horas de recibir? La patrona te miró con indulgencia. ¿A cuántos forasteros como tú había desasnado o algo más? En Chile las visitas no se anunciaban. Iban y golpeaban la puerta a cualquier hora del día. Si el dueño de casa no quería recibir, se escondía y mandaba decir que estaba «en la chacra».

—Entiendo —dijiste, y te pusiste de pie, limpiándote la boca.

La patrona era astuta. Meneó la cabeza, socarrona. Su sonrisa decía: no sabe en lo que se está metiendo, mijito.

Subiste corriendo a tu cuarto. Si la prueba del latido saltado no te hubiera convencido antes, lo que acababas de oír habría terminado de hacerlo. Tenías que ver de nuevo a esa mujer, Moro. Era urgente.

\*

La puerta daba sobre un estrecho sendero de arena que se confundía con la playa. Forrada en latón pintado de azul oscuro, corroída por el salitre marino, no parecía el ingreso apropiado a la casa de una gran dama. Pero no podías haberte equivocado. La patrona había dicho que era la casa más rara en esa ciudad de construcciones alocadas. Y, sin duda, ésta era la más extraña de cuantas habías visto en el laberinto de callejuelas que seguía la complicada orografía del puerto, trepando y bajando sus quebradas emboscadas de arrayanes.

Esta casa, encaramada en un promontorio rocoso que partía la playa en dos, se adelantaba hacia el mar. Pronto sabrías que ya era un edificio peculiar antes de que la comprara Carmen. La había construido un catalán avaro, sólo con materiales

recuperados de naufragios. Pero ella terminó de convertirla en ese galeón varado en lo alto del roquerío, agregándole el castillo de proa que pudiste ver desde abajo. Las olas en días de tormenta debían saltar hasta las ventanas. Ahora, con la bajar, pudiste rodearla por el lado de la playa, buscando una pequeña puerta que por fin encontraste en un costado.

Tiraste del aro de una cadena y escuchaste la remota campanilla repicando. Muy arriba se estremecieron los visillos en un ojo de buey, sin que el encaje te dejara adivinar quién te miraba desde lo alto. Pasó un rato largo antes de que el enorme cochero negro, canoso, que acompañaba a Carmen en el muelle el día anterior, te abriera la puerta. Se acomodaba todavía la chaqueta de librea, que le quedaba estrecha en los hombros. Le preguntaste si podías ver a la señora y le pasaste tu tarjeta. El hombre, un antiguo esclavo, analfabeto seguramente, observó la cartulina sobre su palma amarillenta sin dar señales de entenderte.

—Psst, Ambrosio. Ambrosio, puh, hazlo subir —siseó una voz desde arriba.

El criado te dejó pasar. Trepaste una empinada y crujiente escalera que corría tras una fachada falsa, destinada únicamente a cubrirla y a tapar la pared de rocas al otro lado. La iluminaba un ventanuco polvoriento y enrejado. ¿Dónde mierda te estabas metiendo?

Además, temías ensuciar tu mejor traje; tu único traje formal. Llevabas botas de cabritilla, guantes grises y un frac de terciopelo azul, con su sombrero de copa, que te habías mandado a hacer en Roma, esa única vez en tu vida —tras el viaje a Brasil y la publicación de tu libro de estampas en Francia— que te sobró el dinero. ¡Un atavío que delataba, desde muy lejos, tus propósitos de seductor! Con razón te sentías ridículo. Con razón huías del amor, si al primer atisbo de su presencia te volvías su bufón y su esclavo.

*(Tu frac era de un celeste desvaído, Moro. Quizás cuando lo compraste haya sido azul. Ahora estaba tan descolorido y arrugado que frustraba la elegancia que pretendías demostrar. Pero, en fin, dejémoslo en azul y elegante. Que ésta sea otra de tus «vela-*

*duras». Además, ya que tú solías definirte como un pintor de la sensibilidad —no de la realidad—, este relato también debe serlo, para serte fiel. No cuento lo que viviste, trato de imaginar lo que sentiste.)*

La escalera desembocaba en una trampilla de buque abierta directamente en el techo, por la cual se accedía al piso superior. Terminaste de subir. Ambrosio emergió trabajosamente detrás de ti y bajó la trampa. Una india joven y bonita, la pesada trenza sobre el hombro atada con una cinta blanca, te miró con descaro, como conteniendo la risa, antes de introducirte en una sala y cerrar la puerta.

Por esto la llamaban bruja, pensaste, al recorrer la amplia estancia. Junto a los escasos y consabidos muebles de estilo colonial, los mismos que habías visto en tantos salones criollos de México, Ecuador o el Perú —un bargueño, una mesa fraileira, butacas de cuero repujado, un brasero encendido—, el resto era un gabinete de curiosidades que no desmerecía ante otros que habías conocido en Europa. En repisas y tarimas, o directamente sobre el suelo, había una asombrosa docena de animales embalsamados, incluyendo un puma rugiente (que desde otros ángulos parecía carcajearse) y un cóndor con las alas desplegadas. Un armario vidriado contenía una modesta pero interesante colección de muestras geológicas y fósiles: trilobites enrollados, el caparazón de un cefalópodo incrustado en piedra sedimentaria. Pinchados con alfileres sobre un tablero de corcho, viste una tarántula, un escarabajo gigante, un alacrán...

Empezaste a temer que aquella mujer fuese, en efecto, una bruja. ¿Verdad que lo temiste, Moro supersticioso? ¡Circe! Habías caído en la mansión de la ninfa y diosa Circe, la hechicera de las magias poderosas, la que retuvo a Ulises durante todo un año. ¿Te daría ella a beber aquellos filtros que hacían olvidar el deseo de volver a la patria?

Ya estabas fantaseando. No, la explicación tenía que ser más sencilla. Éste debía ser el estudio de su marido. Seguramente, un ilustrado americano admirador de los enciclopedistas franceses; te habías topado con más de uno. Tal vez ella

usaba ocasionalmente el telescopio. Por eso la gente murmuraba: eran ocupaciones extrañas para una dama.

Sin embargo, la amplia biblioteca, compuesta de unos cien volúmenes, debía pertenecerle seguramente a ella. Lo delataba la forma en que había reclamado sus libros ayer en el muelle. La saca de yute que los traía reposaba encima de un gran escritorio, abierta. Ibas a entrometerte en su contenido cuando viste sobre el secante una cuartilla de papel a medio escribir. La letra era muy regular, indudablemente femenina, y la tinta relucía aún fresca, como si tu llegada hubiese interrumpido a la escritora en medio de una frase. Léste:

... Los grandes amores —como los héroes— deben morir jóvenes. De lo contrario se vuelven impotentes. El mejor modo de volver eterno un romance es matarlo. O quizás dejarlo incompleto. Suspendido...

¿Qué era aquello? ¿Un ensayo, una novela, parte de una carta...? En todo caso, eran ideas melancólicas que te costaba conciliar con aquella mujer iracunda. Suponiendo que ella las hubiera escrito. Estuviste tentado de voltear las otras cuartillas que reposaban junto al tintero, boca abajo. Pero un raro pudor te detuvo. Y enseguida otra cosa te distrajo.

Te acercaste a la ventana buscando lo que había llamado tu atención. Pensaste que era, tan sólo, la hermosa vista de la bahía. El sol de invierno bajaba muy al norte. Eran las cinco y ya estaba a una cuarta y media del horizonte. Bajo esa luz diagonal la herradura de la ensenada refulgía, intensamente contrastada. Contemplaste los veleros anclados sobre un mar azul que tiraba al plomo; los roquedales negros de la costa, encanecidos por el guano y las barbas de espuma que los ceñían; los cerros verdes y ocres donde destellaban los vidrios de algunas ventanas; un estero fluyendo desde una quebrada frondosa que desaguaba sobre la playa; el castillo de San Antonio, batido por las olas y en ruinas...

No, no era nada de eso lo que había llamado tu atención. Entonces reparaste en el robusto telescopio cromado, emplazado sobre su trípode, frente a la ventana del estudio. El tubo do-

rado no apuntaba hacia arriba, al cielo que esa gran ventana de guillotina, con poleas para alzarla sobre el tejado, le permitía explorar. Apuntaba hacia abajo y a la izquierda, hacia el puerto. Tirando de la roldana abriste una franja en el ventanal y te agachaste tras el catalejo. Ajustaste un poco el lente...

Y viste tu barco enmarcado en la redondela del tubo. El andrajoso buque medio desarbolado en el que habías llegado el día anterior. La tripulación remendaba las velas destrozadas por el temporal. Los carpinteros reponían crucetas quebradas y cinchaban los mástiles con aros de hierro. Incluso distinguías perfectamente al macizo capitán peruano, fumando su pipa y dirigiéndolo todo, desde la popa.

Sonreíste, triunfante. O sea que ella pudo verte dibujando en cubierta mientras entrabas lentamente al puerto (con la suavidad de un hombre enamorado entrando en la mujer amada). Tal vez, incluso, te había enfocado, examinándote. Y cuando después, en el muelle, ignoró tu existencia, tan sólo fingía.

—Sí, lo vi llegar.

Te volteaste, sobresaltado. Tu corazón dio un brinco, aunque por razones distintas a las de tu detector de amores. No la habías oído entrar ni aproximarse. Pero ahí estaba, a un metro escaso de ti. Carmen, luciendo la misma sonrisa desafiante del día anterior.

Hoy llevaba un sencillo vestido de lana gris claro con puños de encaje. El escote que escandalizaba al obispo de Valparaíso, a ti te pareció amplio pero discreto. El sol, que empezaba a caer por el vértice superior derecho de la gran ventana, teñía su perfil con una pátina dorada. Lucía el pelo negro recogido en un moño, lo que realzaba su cuello largo donde las carótidas azules se distinguían vagamente. Te habría gustado tocarlas.

Carmen agregó, desafiante:

—Lo busqué en el horizonte desde temprano, porque lo esperaba.

—¿Me esperaba? ¿A mí? —le preguntaste, antes de poder contenerte y pronunciando mal.

Aunque tu español era excelente, cuando te ponías nervioso podía trabarse, lo mezclabas con el francés, o triturabas aún más las erres, que incluso después de tres años en México no

conseguías dominar. Y ahora estabas de verdad nervioso. Tu vanidad inicial era sustituida rápidamente por la angustia ante una posible conspiración. Tu fantasía de artista se desbocaba fácilmente. Para aguardarte ella tenía que haber sabido que venías... ¿Pero cómo? Tú viajabas casi al azar, con el mero propósito de alejarte. Eras el caballero errante huyendo del diablo y, sobre todo, de esa «otra» a la que ni osabas mencionar.

A menos que la desengañadora se te hubiera adelantado. Que hubiese llegado antes a Chile para prepararte otra de sus emboscadas. Y ya estuviera urdiéndola con esta mujer, ante la que ahora te sentías tan atraído como asustado.